

Sesión necrológica por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. José Camón Aznar(*)

Manifestaciones del señor Presidente, don Alfonso García
Valdecasas

La sesión ha de levantarse ahora, por el triste motivo, tristísimo para mí, del fallecimiento de don José Camón Aznar.

José Camón Aznar, ocupaba la medalla seis, en la que había sustituido a don Leopoldo Eijo, Patriarca de las Indias. Pronunció su gran discurso de ingreso sobre «Filosofía del Arte Moderno», que fue contestado con verdadera competencia, por nuestro compañero don Angel González-Alvarez.

No sería posible en una sesión entera, lo que puede ser mucho menos en los breves minutos usuales, dar una imagen que pudiera acercarse a la personalidad riquísima, en algún modo ciclópea, de José Camón Aznar.

De los académicos que hoy componen la Academia y con cuya amistad, sin excepción, me honro, Pepe Camón era mi más viejo amigo. Incluso más antiguo que mi querido Eugenio Vegas, porque le conocí antes, cuando gané la cátedra de Salamanca en 1927. Allí coincidimos y convivimos; de entonces data la amistad que a través de los años, siempre nos unió. Acompañaba a la amistad, por mi parte, un sentimiento de profunda admiración, por la riqueza de su obra, y también, por la grandeza de ánimo de la persona. He podido apreciar, a lo largo de años, el desinterés, la generosidad, y por bajo del barniz baturro, que a veces a él le gustaba tomar, la profunda delicadeza de José Camón.

(*) Junta del miércoles 16 de mayo de 1979.

Creo que, incluso dentro de un tan escogido elenco como el de esta Academia, donde hay personas de obra tan poderosa y tan importante, sigue siendo excepcional una variedad, una riqueza de creación como la que nos ha dejado Camón Aznar.

Como saben todos fue catedrático de Historia del Arte y la mayor parte de su producción es de arte y de su historia; son unos ochenta libros de gran porte los que ha producido en este terreno. Y no sería posible ni citarlos, dado el tiempo de que dispongo.

Hay dos grandes volúmenes sobre Velázquez; otros dos dedicados al Greco; hay un libro precioso, de la BAC; sobre la Pasión de Cristo en el Arte Español y hay otro libro igualmente bello de la vida de Cristo en los museos del mundo. Hay su trabajo sobre pintura medieval española y otro sobre la escultura y la rejería española del siglo XVI. Ya digo, simplemente con enumerar las obras que en el orden de la teoría del arte, de la crítica del arte y de la historia del arte ha dejado, habría para llenar toda una sesión.

Y sin embargo, este aspecto suyo, por importante y cuantioso que sea, no es más que una faceta de su ingente personalidad. José Camón tenía evidentemente potencia filosófica y al mismo tiempo una enorme capacidad de penetración y de profundización en todo el orbe histórico: recordemos sus estudios sobre el arte de los pueblos prehistóricos de España, como un ejemplo extraordinario. Recordemos también que Camón, lo mismo ha sido receptivo y sensible para Picasso o el Arte Moderno que para el Arte Clásico, el Arte Cristiano en la Edad Media o el Arte Musulmán (sobre el cual tiene también un penetrante estudio).

Junto a esta capacidad de historiador y de conceptuador de las realidades históricas, tiene, evidentemente, una dimensión de gran escritor literario, de gran poeta. Me atrevería a decirlo, por mi cuenta pero en cuanto a la obra poética me acompaña en este juicio un poeta y catador de poesía tan extraordinario como Gerardo Diego.

Hay tres libros fundamentales de poesía en Camón: «El Hombre en la Tierra» (cito: «Sobrecargado de la angustia y el dolor de nuestra guerra»), «La divina Tragedia», que ya en su título evoca a Dante y también lo evoca en la forma de composición, porque son tercetos alejandrinos, en los cuales está el gran tema teológico de la Trinidad, y «El Canto de los Siglos» que es una

obra poética y pictórica al mismo tiempo, porque va acompañada de unos dibujos suyos, recios de trazo, simples de factura, vibrantes, expresivos y dotados de un movimiento y gracia sorprendentes. Son dibujos de personas o de animales, todos ellos radiantes de una animación y una vivacidad increíbles. Todos, salvo los dos últimos, que son dos dibujos de arboledas, de las cuales caen lentamente las hojas haciendo un mantillo en el suelo; dibujos estos dos, acompañados de la más simple de las poesías de Camón y de las más simples que he visto: «Las hojas muertas de mi alma, caen en mi alma y la fecundan, y así crece mi alma».

Pero José Camón fue también un dramaturgo, un profundo «sentidor» del sentimiento trágico de la vida.

Las tragedias de Camón nos ponen en contacto con la tragedia misma del ser humano y del destino del hombre. El holocausto de la juventud humana a las tremendas potencias de lo infrahumano en «Ariadna» o el trágico destino de un pueblo entero como en «Hitler» o la angustia de la última soledad del alma en «Lutero». Las tragedias citadas, con «David», «Los Fuertes» y con «El Héroe» que ya presentó Unamuno, son poderosas creaciones dramáticas estremecedoras en su grandeza.

Todavía habrá que recordar que tiene, al menos, dos novelas importantes: una, «En la Cárcel del Espíritu», que es más bien un ensayo de novela, de una novedad sorprendente; otra «El Pastor Quijotiz», en la cual Don Quijote no llega a morir y se hace pastor, como se proponía al volver a la aldea. Quizá a esta continuación de las hazañas del héroe cervantino le llevó la nostalgia de que Don Quijote no había llegado a ir a Zaragoza, por dar mentis al mentiroso Avellaneda. Pero «El Pastor Quijotiz» (hay otro libro suyo, «Don Quijote en la teoría de los estilos»), tendrá que ser estudiado a fondo como una muestra más de esta figura genial que fue José Camón.

Y junto a toda esta obra que evocamos, y que no es más que una parte de la de nuestro «infatigable creador», está la acción cotidiana, los días henchidos de trabajos, la acción docente y magistral, la organización y dirección de cursos universitarios, la creación y dirección de revistas como «Goya», la organización y montaje de ese gran museo «Lázaro Galdeano» o del otro que, calladamente, erige en Zaragoza, donación inapreciable y perenne testimonio del amor a su tierra.

Nuestro compañero se ha ido sereno, apacible, confiando en la misericordia de Dios. Todavía el domingo pasado se publicaban en el «ABC» unos «aforismos» suyos; estas sentencias brevísimas, en las cuales tantas veces hay iluminaciones extraordinarias. Recuerdo una de ellos. «Pienso, luego Dios existe».

Descartes, después del «Pienso, luego existo», llega a la conclusión de la necesaria existencia de Dios, de un ser que no puede engañarse ni engañarnos.

De la maravilla del pensar pensando, salta, Camón a la directa intuición de que «Dios existe». Es ésta, yo diría, como una revelación final que le fue concedida. Dios existe y él está en su seno. Descanse en su Gloria.

Se levanta la sesión.